EL ÚLTIMO VIAJE DE DAVID LÍVINGSTONE

David Lívingstone, que de joven había sido humilde obrero en Escocia, marchó al África del Sur como misionero y se estableció entre los salvajes. Se dedicó a evangelizar a los indígenas y a explorar los territorios que éstos habitaban. Trabajó con infatigable empeño, hasta que, enfermo y maltrecho, le sorprendió la muerte en una choza rústica que le construyeron sus servidores. Este grabado representa al ilustre explorador llevado por sus fieles compañeros hacia el sitio en que murió.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

HEMOS comenzado ya la historia de los hombres que más han contribuído a dar a conocer el mundo, y ahora trataremos de la vida y viajes de los grandes descubridores. En este capítulo nos ocupamos de los ilustres exploradores del continente africano, que penetraron en este gran territorio lleno de selvas vírgenes y pueblos salvajes, que soportaron toda clase de peligros, descubrieron grandes ríos y dibujaron mapas de África tan minuciosos que hoy conocemos aquel país con bastantes pormenores. Jamás hubiésemos podido poseer este género de conocimientos de los países que componen el mundo si aquellos valientes descubridores no hubiesen puesto a contribución su heroísmo, sacrificando su vida para darlos a conocer.

LOS EXPLORADORES DEL ÁFRICA

DURANTE muchos centenares de años, millares y más millares de kilómetros de territorio africano, eran desconocidos, debido a que ese extenso continente era muy difícil y peligroso de explorar. Los únicos medios de que disponía el viajero para trasladarse eran la navegación y las largas caminatas a pie. Pero hoy se tienden ya en África vías férreas que pondrán rápidamente en comunicación a todas las regiones del país. Los viajeros que pasan más allá de dichas vías tienen que atravesar extensísimas selvas pobladas de fieras y de insectos tan temibles como éstas. Tienen que hacer frente a las fiebres y a las pestes, cruzar desiertos arenales, terrenos anegados en invierno y agostados en verano. Todo eso es realmente terrible, pero si los exploradores han podido dar a conocer al mundo lo que es el África, ha sido soportándolo. Durante muchos siglos no se conoció apenas nada de esta parte de nuestro globo.

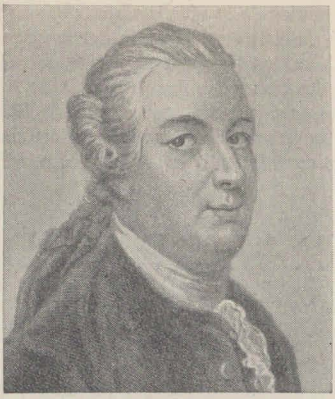
Muchos años antes del nacimiento de Jesucristo, algunos navegantes, en frágiles embarcaciones, dirigiéronse a varias partes de la costa africana.

El gran historiador Herodoto, que vivió hace unos veinticinco siglos, nos habla de un hombre que más de 600 años antes de Jesucristo, hizo rumbo directamente hacia una de las costas de África, dió la vuelta por la punta que se llama hoy cabo de Buena Esperanza y remontó por el otro lado. No podemos adquirir la certidumbre de que haya tenido lugar semejante hecho; pero creemos que es cierto. Aquellos exploradores no se atrevieron, sin embargo, a penetrar en el interior del continente. Vivieron en la parte norte de África y supieron cómo era la tierra que les rodeaba; pero nada más. Si echamos una ojeada al mapa, veremos que el Nilo desemboca en el mar Mediterráneo. En las riberas de este río, en el valle por el cual se deslizan sus aguas, vivieron todos los sabios de la más remota antigüedad, antes de que Grecia y Roma fueran naciones cultas y poderosas.

Esos sabios eran egipcios, que son los que esclavizaron a los hijos de Israel. Al interior de su país, en tierra de Egipto, fué llevado Jesús siendo niño, para que el rey Herodes no lo degollase. Los egipcios edificaron grandes ciudades, templos maravillosos y monumentos como no se han construído jamás desde entonces. Tenían sabias leyes; escribían en ladrillos de arcilla, y si se tiene en cuenta que en aquella época todos los demás pueblos del mundo eran poco menos que salvajes, no podremos menos que reconocer a los egipcios como una nación verdaderamente prodigiosa. Y, no obstante, a pesar de todo su saber y de sus adelantos, no se atrevían a remontar el río en cuyas riberas habitaban.

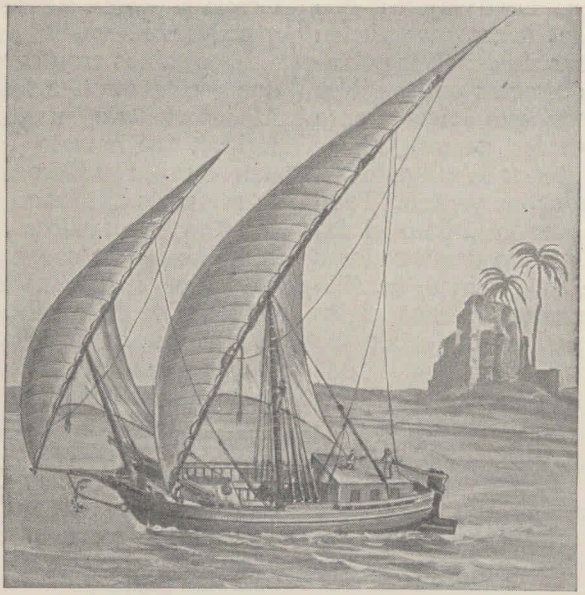
Cuando se extinguió el poderío de los egipcios, surgió la civilización fenicia. Eran los fenicios viajeros intrépidos, especialmente por mar. Fueron a Bretaña, Hesperia, Galia y otras regiones de Europa, cuando sus habitantes eran todavia salvajes. Pero los fenicios tampoco se atrevieron a penetrar hasta el corazón de África.

Después dominaron en Egipto los hábiles y valientes griegos, y más tarde fueron los romanos los que lo gobernaron. Estos últimos eran entonces dueños de todo el mundo conocido; empero, no conocían de África más de lo que habían conocido los egipcios. Dieron el nombre de África a un reducido territorio del Norte, junto a la parte meridional del Mediterráneo, y del resto del continente, que no habían explorado jamás, hablaban como de una tierra que se extendía hacia el sol poniente, e ignoraban dónde o como terminaba. Asi es que los más sabios de aquel entonces vivieron durante miles de años en un continente del cual nada sabían, excepto únicamente, de aquella porción en la cual tenían sus hogares.



Jacobo Bruce fué de Escocia al África en 1770, y penetró en Abisinia. Halló a los indígenas en estado salvaje, y, de seguro, le hubieran quitado la vida si él no les hubiese asombrado con las maravillosas cosas que hizo.

La causa del poco atrevimiento de aquellas gentes era que la verdadera África se hallaba al otro lado del gran desierto de Sáhara, que ningún ser humano osaba atravesar, porque no había modo de procurarse en él agua ni alimentos, y los que desembarcaban en las costas, más abajo, hallaban también desiertos, y montañas o selvas espantosas pobladas de fieras. Si aquel que menciona Herodoto en sus crónicas navegó realmente alrededor de las costas de África, debieron transcurrir 2000 años antes que otro navegante repitiera la hazaña. Este que la repitió fué el portugués Vasco de Gama. Durante esos 2000 años muchos pueblos han hecho irrupción en África, tanto en el Norte de ésta, como, partiendo luego del Norte, hacia el interior. Los árabes presentáronse en grandes masas, seguidos de poderosas y errantes tribus salvajes procedentes del Asia. Hasta entonces, ningún blanco había penetrado en el país. Por fin empezaron los navegantes a atravesar el mar, desde Europa y a establecerse en las costas africanas. Los británicos fueron los primeros en explorar esas costas; pero nada importante se hizo en este sentido, hasta 1770, año en el que un intrépido explorador, llamado Jacobo Bruce, atravesó la parte del África llamada Abisinia.



Los naturales de Abisinia no habían visto jamás fusiles, hasta que Bruce les enseñó uno, y cuando le vieron disparar a través de una mesa, creyeron que era un hechicero. Hízole el rey dueño de una parte del país, pero Bruce aprovechó el tiempo a bordo de este buque explorando el Nilo y componiendo un libro. Nadie quiso creer lo que decía el libro, hasta mucho tiempo después de la muerte de su autor.

Mandaba a la sazón en aquel país un monarca que los naturales suponían descendía de Salomón, aquel gran rey de que nos habla la Historia Sagrada. Pero vivían en estado salvaje, y eran gente cruel. Si Bruce no hubiese sido un

hombre dotado de una intrepidez sin límites, los naturales le hubieran asesinado. Comenzó curando las diversas enfermedades que padecían los abisinios, en el propio palacio real, y por esta causa hiciéronse los reyes amigos suyos. Los mismos naturales a través de una mesa (lo que hizo para asombrarles), creyeron que debía ser un hechicero, y cuando más tarde, notaron que domaba y montaba caballos salvajes, quedaron más admirados todavía y diéronle el mejor caballo de todo el país, pidiéndole que lo tuviese

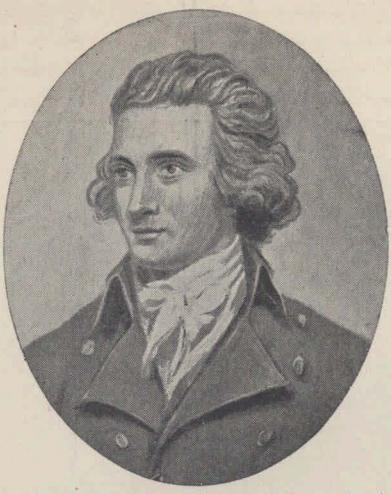
LA HISTORIA DE ÁFRICA

Este mapa representa el gran continente africano, y nos ayuda a comprender una cosa verdaderamente sorprendente acerca de esta parte del mundo. A la derecha, en la parte superior, está Egipto, con sus pirámides y sus templos; allí, hace muchos miles de años, vivía gente muy civilizada, que habitaba en grandes ciudades situadas en las riberas del Nilo; mucho más lejos, encontrábase el gran desierto que nadie podía atravesar, y el gran pueblo de Egipto nada sabía del vasto territorio que se extendía más allá de su propio país. Todo lo demás, donde se ven los árboles en este mapa, era salvaje, y en este capítulo se dice cómo fué explorada y cómo se ha ido conociendo esa parte de Africa.

le cobraron también amistad cuando presenciaron las cosas sorprendentes que hacía con su fusil. Como jamás habían visto un arma de fuego, creyeron que Bruce debía ser un cazador prodigioso cuando le vieron hacer blanco en las aves que volaban a gran altura. Cuando quiso disparar una vela de sebo siempre ensillado y lo llevara a dondequiera que fuese.

Efectuó Bruce toda suerte de cosas extrañas para complacer a sus salvajes amigos, y el rey hízole dueño de parte del país. Pero todo lo que quería Bruce era que le dejasen explorar. Sufrió incontables penalidades para lograr

descubrir los orígenes de un río que creyó era el gran Nilo. Descubriólos al fin, pero no era el verdadero Nilo, sino el Nilo Azul, o sea el mayor de todos los afluentes que alimentan el propio cauce del gran Nilo Blanco. Cuando quiso regresar presentáronsele a cada paso innumerables peligros. No pudo volver por el mismo camino que había ido y vióse obligado a pasar por extraños territorios, entre salvajes que, de haber podido, le hubieran quitado la vida. Pero llegó finalmente a la costa y regresó a Inglaterra sano y salvo. Bruce escribió un gran libro describiendo sus viajes y aventuras.



Mungo Park, fué un joven viajero escocés que hizo dos grandes viajes de exploración a África. Remontó el río Níger en una canoa, que chocó contra una roca. Aparecieron entonces los salvajes y asesinaron al explorador y a todos sus compañeros.

Recuérdese cómo los amigos de Marco Polo tomaron a broma el libro de este explorador y no quisieron creer la historia de sus viajes a China y a la India. Pues bien: lo mismo sucedió cuando Bruce escribió su libro. La gente se rió de sus relatos. Nadie creyó que pudiera haber tales cosas y tales gentes en el mundo, como las que el viajero describía. Cuarenta años transcurrieron antes de que el público le diera crédito. Otro viajero fué por entonces a Abisinia, y pudo comprobar que era cierto cuanto Bruce había escrito; pero éste ya había muerto.

Hugo Clápperton, también escocés, fué a explorar el Africa y murió mientras realizaba la segunda expedición, después de haber verificado muchos descubrimientos.

CÓMO MUNGO PARK, DOCTOR ESCOCÉS, SACRIFICÓ SU VIDA EN ÁFRICA

El libro de Marco Polo despertó en mucha gente el deseo de explorar las partes del mundo en las cuales él estuvo; el de Bruce fué causa de que se quisiese conocer algo más acerca de África. Pero acometer lo que se proponían era peligroso, y sólo podían hacerlo muy lentamente.

Mungo Park fué el explorador que llevó a cabo algo de importancia. Era un doctor escocés muy joven a quien un largo viaje por mar a distantes tierras le hizo concebir deseos de hacerse viajero. Su primera aventura en África ocasionóle muchos disgustos. Los salvajes le hicieron prisionero y le retuvieron cautivo algún tiempo. Logró escaparse al fin, pero cayó enfermo en medio de la selva, y hubiera perecido si un bondadoso indígena que le halló, no le hubiera conducido a la costa. Pocos años después partió de nuevo, con cuarenta y cinco compañeros y al llegar al río Niger le quedaban solamente siete. Escribió una memoria de sus viajes, envióla a Inglaterra y luego prosiguió su expedición en una canoa. Chocó ésta contra una roca oculta en un gran río, y mientras Park y sus amigos procuraban reparar la avería, aparecieron los salvajes y los asesinaron a todos.

HUGO CLÁPPERTON, QUE A PESAR DE SU HUMILDE ORIGEN LLEGÓ A SER COMANDANTE DE LA ARMADA

Los exploradores fueron más numerosos desde entonces. Un pobre muchacho llamado Hugo Clápperton, que ascendió con el tiempo a comandante

de la Armada, partió con el objeto de descubrir las fuentes del Níger. Su tentativa no tuvo éxito alguno, pero verificó otros descubrimientos, y el gobierno de la Gran Bretaña sufragó los gastos de una nueva expedición que le mandó realizar. Acompañáronle otros y, entre ellos, un criado suyo, excelente muchacho, llamado Ricardo Lánder.

Clápperton y todos sus compañeros, excepto Lánder, murieron por el camino. Escribió Lánder una detallada información de cuanto había acontecido, y cuando pudo regresar a Inglaterra expuso todos los importantes descubrimientos realizados. Quedó el gobierno tan satisfecho de su trabajo, que le nombró a él y a su hermano para dirigir una nueva expedición. Adquirieron muchos más conocimientos del país, pero pagáronlos con la vida, pues al fin fueron asesinados por los indígenas.

Así, poco a poco, se fué conociendo la tierra de Africa. Dibujáronse mapas, y se publicaron en libros todos los descubrimientos, a fin de que nada se olvidase. Roberto Moffatt, que había sido modesto jardinero en su juventud, partió como misionero evangélico. Detúvose en Bechuanalandia, en medio de los salvajes, convirtió a muchos al cristianismo, y exploró lejanos territorios. Tenía Moffatt una hija muy bella, y un joven llamado David Lívingstone enamoróse de ella. Lívingstone había sido simple obrero, empleado en una fábrica de Escocia. Trabajador incansable, levantábase muy temprano y trabajaba hasta muy tarde, y estudió con tanto afán, que pronto llegó a ser misionero. Había resuelto visitar la China; pero estalló en aquel país una tremenda guerra, y en vez de ir al Celeste Imperio, marchó al África, donde se unió a Moffatt y se casó con la hija de éste.

LOS COMIENZOS DE LA VIDA DE DAVID LÍVINGSTONE COMO EXPLORADOR Y MISIONERO

Lívingstone deseaba establecer una misión en el Transvaal, y viendo que no podía realizarlo, dirigióse al Norte del país donde se hallaba Moffatt y donde ningún blanco había penetrado hasta entonces. Por el camino descubrió un gran lago llamado Ngami, y este descubrimiento determinóle a llevar a cabo la exploración del país de uno a otro extremo, tardando cuatro años en realizar esta hazaña. Exploró desde el lago, en línea recta, hasta el Océano Atlántico por el Oeste; luego, regresando, exploró desde el Este del lago hasta que salió a la costa del Océano Índico. Lívingstone estuvo enfermo con bastante frecuencia y falto de víveres y medicamentos, pero no se desanimó jamás. Por donde quiera que iba predicaba a los indígenas, y éstos le querían. Algunos de ellos siguiéronle como discípulos, hasta su muerte.

Regresó a Inglaterra para procurarse algún descanso, después del cual marchó de nuevo a proseguir su tarea. Su esposa murió en África, y aun cuando este acontecimiento le entristeció sobremanera, continuó sus exploraciones y su predicación. Trazó el curso de importantes ríos y descubrió lagos grandes como mares, en medio de extensísimas selvas, buscando siempre las regiones del país que más podían convenir a los blancos. Regresó nuevamente a Inglaterra, y, trás algún descanso, volvió al continente africano, estableciéndose entre los salvajes y las fieras. Por fin no pudo avanzar más y hubo de quedarse, casi muriéndose de hambre y de una grave enfermedad, en un lugar llamado Uyiyi. Aquí le encontró otro explorador enviado en su busca, y que le llevaba víveres y vestidos.

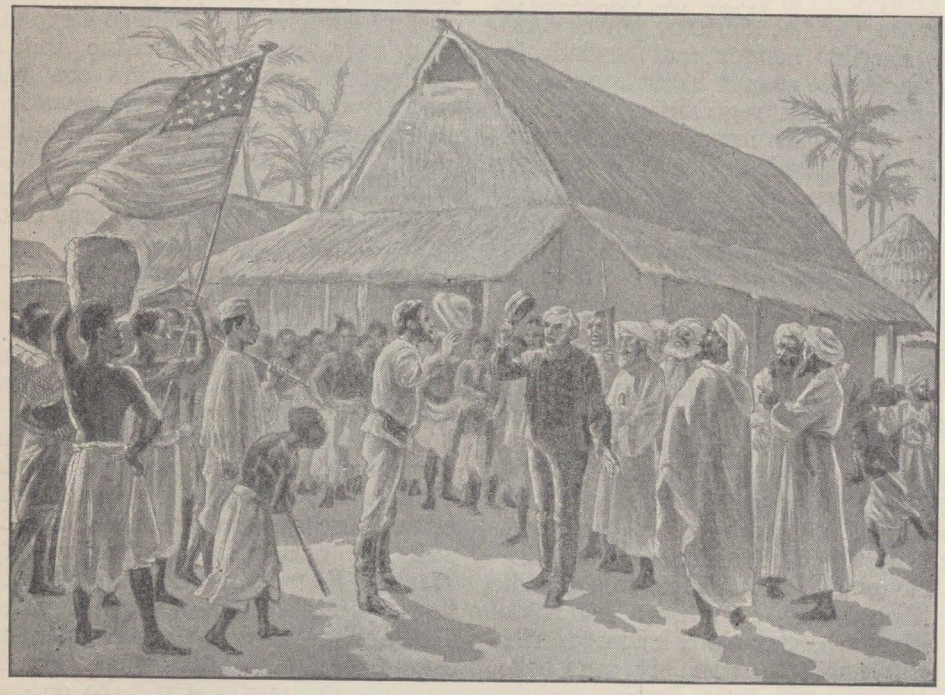
No bien estuvo restablecido prosigió Lívingstone su trabajo de exploración, no dejándolo hasta que se vió obligado a ello, por su postrer enfermedad. Tuvo entonces que refugiarse en Ilala, pues hallábase gravemente enfermo.

—Construídme una choza para morir en ella—dijo Lívingstone a sus hombres. —Siento mucho frío; ponedme más yerba en la choza.

Construyéronle la choza y le acostaron, y a la mañana siguiente hallá-

ronle muerto, arrodillado junto a la cama. Los fieles servidores del gran hombre sabían que sus amigos querían fuese enterrado en Inglaterra y marcháronse del país llevándose su cadáver hasta Zanzíbar, distante muchos centenares de kilómetros. Los salvajes de las regiones por las cuales habían de pasar, temían supersticiosamente que el difunto misionero les causara daño, pues creían que el paso del cadáver por allí les acarrearía grandes males. Así los compañeros de Lívingstone hicieron otro bulto, simulando que el cadáver estaba dentro; volvieron atrás con él, lo enterraron, y lleváronse el verdadero cadáver envuelto, como si fuese sencillamente un fardo de mercancías, y de ese modo la expedición pudo llegar a Zanzíbar. Desde allí fué conducido a Inglaterra y sepultado en la Abadía de Wéstminster.

Antes de morir Lívingstone, sus amigos de Inglaterra estaban muy inquietos por su suerte, pues hacía muchísimo tiempo que no sabían su paradero. Por esta causa enviaron otro explorador en busca del misionero. Llamábase el jefe de esta expedición Enrique Morton Stanley. Era tan pobre cuando muchacho, que hubo de recibir su primera educación en la escuela pública gratuita de la aldea en que había nacido, situada en el país de Gales. Su verdadero nombre de familia era Rowlands, pero al llegar a la edad adulta partió a América y tomó el de Stanley, que era el apellido de un caballero norteamericano que le favoreció mucho. Viajó largo tiempo, y siempre hacía tan bien las cosas y tenía tanta confianza en sí mismo, que el propietario de un gran periódico de los Estados Unidos le ofreció cuanto dinero



Durante la última expedición de Lívingstone, sus amigos estuvieron una larga temporada sin tener noticia alguna de él, y, temerosos de la suerte del explorador, determinaron enviar en su busca a Enrique Morton Stanley. Después de un largo viaje, lleno de peligros, llegó éste al lugar donde se encontraba Lívingstone. Hallóle pálido, demacrado y enfermo, de pie junto a la puerta de su cabaña. Stanley no pudo en aquel momento expresar cuán grande era su alegría, y sólo acertó a decir:—« ¿El doctor Lívingstone, según creo? »—Varios días estuvieron los dos viajeros conversando, narrando Lívingstone a Stanley sus aventuras y escuchando de éste, ansiosamente, las noticias que le daba del mundo civilizado. En el grabado se ve a Lívingstone a la derecha, quitándose la gorra.

le hiciera falta para ir al Africa en busca de Lívingstone.

Así, pues, Stanley partió a cumplir su cometido; al llegar a Zanzíbar procuróse los hombres que habían de servirle de escolta, y se puso en camino con ellos hacia el punto donde podría encontrar a Lívingstone, si aun vivía, o donde pudiese obtener noticias de su muerte, si había muerto ya. Llegó Stanley a Uyiyi en el preciso momento de poder salvar la vida al misionero. El encuentro fué de los más conmovedores. Estaba Stanley tan contento de haber hallado al hombre a quien había ido a buscar tan lejos, que de buena gana le hubiera dado un abrazo.

Allí, ante la puerta de su choza, estaba Lívingstone de pie, pálido, demacrado y enfermo, y muy pobremente ataviado. Hallábase rodeado por una multitud de indígenas. No pudo Stanley, por la emoción que le embargaba, expresar cuán grande era su satisfacción. Todo lo que acertó a decir fué:—¿El doctor Lívingstone, según creo? Parecióle a Lívingstone este saludo tan extraño en aquellas distantes regiones selváticas, que no pudo menos de sonreir. Quitóse la gorra y contestó cortésmente:

—Sí.

Luego Stanley púsose el sombrero, y Lívingstone la gorra. Miráronse atentamente los dos hombres, estrecháronse gozosos la mano, y Stanley dijo:

—¡Gracias doy a Dios que me ha permitido veros!

Y durante muchos días conversaron ambos largamente, escuchando Lívingstone las noticias que le daba Stanley acerca del mundo civilizado, y contándole él la historia de sus aventuras.

Dejóle Stanley víveres, vestidos y medicamentos, y regresó a América, donde la narración de su afortunado viaje le valió grande y merecida fama. El pobre Lívingstone permaneció en el continente africano hasta su muerte. Después volvió Stanley al África como explorador. Dió la vuelta al gran lago Tanganyika y siguió el curso del río Congo hasta el mar. Más tarde hizo otra expedición, para socorrer al viajero alemán Emín Pachá, que se había perdido con sus compañeros.

Muchos otros hombres famosos han contribuído a dar a conocer el África. Speke y Grant corrieron grandísimos peligros explorando los grandes lagos. Sir Samuel Baker realizó más exploraciones y halló un lago al cual dió el nombre de Alberto-Nianza. Por dondequiera que estuvo Baker acompañóle su esposa. Finalmente, el español Abargués de Sostén exploró detenidamente varias regiones del norte.

Por este tiempo iba conociéndose ya casi toda el África, aunque no de una manera cabal. La Gran Bretaña adueñóse del territorio meridional llamado Colonia del Cabo, y desde allí hicieron los ingleses frecuentes viajes al Norte. Emigró mucha gente de Portugal, Alemania, Francia y Bélgica, y fueron a establecerse en las costas, y desde estas pequeñas colonias salieron exploradores para hacer más y más descubrimientos en el interior.

Cada día vamos conociendo un poco más del Continente Negro, pero aun no lo conocemos todo. África es tres veces tan grande como Europa, y en algunas de sus regiones los expedicionarios sólo pueden recorrer distancias muy cortas diariamente.